

ANARQUISMO PARAGUAYO: LA OBRA DE RAFAEL BARRETT Y SU RELEVANCIA REGIONAL

Gaya Makaran¹

RESUMEN: El presente artículo tiene como objetivo acercarle al lector el pensamiento del anarquista Rafael Barrett surgida en el Paraguay entre los años 1906-1910. Se revisará la obra de Barrett reunida en el tomo *El dolor paraguayo*, donde se encuentra la mayor parte de sus escritos dedicados específicamente a la realidad paraguaya y el ambiente político e intelectual de la época. Se destacarán, sobre todo, temas relacionados con la política, el patriotismo, la cuestión social y el propio anarquismo. Antes, presentaremos el contexto de la época en la que se desarrolla la prosa barrettiana, al esbozar las características del mundo de trabajo de entre siglos XIX y XX, junto con el surgimiento del movimiento obrero y el anarcosindicalismo en Paraguay.

PALABRAS CLAVE: Rafael Barrett. Paraguai. Anarquismo. Movimiento obrero. Yerbales.

1. INTRODUCCIÓN

Si del anarquismo latinoamericano tenemos relativamente poca bibliografía, su desarrollo en Paraguay es prácticamente desconocido a nivel continental. Así, como lo muestra una escueta descripción de Cappelletti en el libro *El anarquismo en América Latina* (RAMA y CAPPELLETTI, 1990) que ubica a Paraguay como “el más remoto y aislado de los países latinoamericanos”, el anarquismo paraguayo parece un hecho anecdótico y de poca relevancia frente a sus grandes florecimientos en los países vecinos, como Argentina o Brasil. Con el presente artículo queremos echar un poco de luz hacia aquel rincón olvidado de América Latina que, pese a su marginación en la historiografía latinoamericana, nos parece crucial para entender las dinámicas socioeconómicas de la región.

Para tal objetivo elegimos acercarle al lector el pensamiento de Rafael Barrett, según las palabras del gran escritor paraguayo Roa Bastos, el autor de “una de las obras más lúcidas e incitadoras que se escribieron en el Paraguay”

1 Gaya Makaran es investigadora titular del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Doctora en Humanidades y Maestra en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Varsovia, Polonia. Sus líneas de investigación son el Estado, pueblos indígenas, nacionalismo y anarquismo en Bolivia y Paraguay. Correo electrónico: makarangaya@gmail.com.

(BARRETT, 1978: IX) que se hizo paraguayo apenas seis años antes de su muerte y, al mismo tiempo que se hacía paraguayo, se hizo anarquista. Su actividad literaria y de agitación política en Paraguay se enmarca en la época de un acelerado desenvolvimiento de las organizaciones anarcosindicalistas de inicios del siglo XX, una época agitada por el antagonismo cada vez más creciente entre el mundo de trabajo marcado por formas semi-esclavas y las élites políticas-empresariales empeñadas en “hacer progresar el país” a costa de las clases populares paraguayas.

Revisaremos la obra de Rafael Barrett reunida en el tomo *El dolor paraguayo*, donde consideramos encontrar la mayor parte de sus escritos dedicados específicamente a la realidad paraguaya y el ambiente político e intelectual de la época. Destacaremos, sobre todo, los temas relacionados con la política, el patriotismo, la cuestión social y el propio anarquismo. Antes, presentaremos el contexto de la época en la que se desarrolla la prosa barrettiana, al esbozar las características del mundo de trabajo de entre siglos XIX y XX, junto con el surgimiento del movimiento obrero y el anarcosindicalismo en Paraguay. Para elaborar tal caracterización nos basaremos en el libro de Milda Rivarola (2010 a): *Obreros, utopías y revoluciones. La formación de las clases trabajadoras en el Paraguay liberal 1870-1931* que, con esmero, presenta el contexto sociopolítico y las diversas tendencias ideológicas y organizativas que acompañan el surgimiento y el desarrollo del movimiento obrero paraguayo. Nos limitaremos a presentar tan sólo las primeras décadas del desarrollo del anarquismo en el país, reservando el análisis detallado de la historia anarquista paraguaya para futuras publicaciones, convencidos de la necesidad y urgencia de tal estudio.

Así, según las palabras de Roa Bastos: “En la noche del infortunio paraguayo, la vida y obra de Barret fue un meteoro que resplandeció, por desdicha, sólo un corto instante. Un resplandor, sin embargo, que proyectó vislumbres futuras: las que hoy tienen plena vigencia” (BARRETT, 1978: IX). El objetivo del presente ensayo es mostrar este “resplandor” de Barrett, no sólo en el tiempo en que vivió y épocas directamente posteriores, sino también en la actualidad², es decir: destacar el aporte de su prosa libertaria, tan internacionalista y, al mismo tiempo, tan localizada, en el análisis de la realidad socioeconómica de la región. De esta manera, por una parte, pretendemos rescatar el legado anarquista para pensar América Latina de hoy, y por la otra, ver el impacto de las circunstancias sociales específicas de la región en el anarquismo que lo “latinoamericanizan” y vuelven propio.

2 En la última década podemos observar un renovado interés por la vida y la obra de Rafael Barrett, tanto en Paraguay, como en los países vecinos, sobre todo Argentina y Uruguay. Prueba de ello son las nuevas reediciones del tomo *El dolor paraguayo* (BARRETT, 2011), nuevas compilaciones de sus artículos (BARRETT, 2008), análisis de su obra (GARAY, 2015; CASTELLS, 2018; FERNÁNDEZ, s.f.), novelas basadas sobre su vida (GONZÁLEZ DELVALLE, 2019) y la vida del clan Barrett (BOCCIA PAZ, 2019), entre otros.

2. ANARQUISMO Y EL MUNDO DE TRABAJO EN EL PARAGUAY DE ENTRE SIGLOS (XIX-XX)

La llegada de las ideas anarquistas a Paraguay tiene que analizarse, tomando necesariamente en cuenta el contexto específico de su mundo de trabajo y de su régimen socioeconómico particular, junto con las luchas y formas organizativas preexistentes, de modo contrario nos arriesgamos a caer en una visión falseada y eurocéntrica, por cierto bastante difundida, según la cual fueron los inmigrantes europeos los que trajeron la luz del anarquismo a una tierra baldía y carente de historia, un anarquismo “europeo” que los “nativos” se limitaron a copiar, sin modificación ni adecuación alguna a su propia realidad y experiencia. Tal aseveración contradeciría no sólo el principio de la heterogeneidad y autonomía de las luchas populares del cual somos partidarios, sino también entraría en conflicto con el mismo ideal anarquista, enemigo de cualquier ortodoxia. De ahí, nos parece indispensable presentar, aunque sea de manera abreviada, el contexto específico del mundo de trabajo y de la formación del movimiento “obrero”³ en el Paraguay en el que le tocó desenvolverse a Rafael Barrett y en el que despertó su anarquismo.

Así, el régimen económico paraguayo de entre siglos XIX y XX es heredero, por una parte, de las continuidades coloniales, reforzados en su tiempo por las dictaduras del Dr. Francia (1814-1840) y Los López (1844-1870)⁴, y por la otra, de la hecatombe de la Guerra de la Triple Alianza/Guerra *Guasu* (1864-1870)⁵ que dejó el país en ruinas y su población reducida a un tercio, en su mayoría mujeres y niños; y la posterior reconstrucción y “modernización” del país por los capitales extranjeros, la ideología liberal del darwinismo social, la privatización de las tierras y un republicanismo de inspiración porteña (de Buenos Aires). De esta manera, la época de entre siglos, está marcada en Paraguay por el nacimiento de un capitalismo extractivista dependiente que no sólo no rompe con las formas coloniales de explotación de la mano de obra, sino que las refuerza, al ser los obreros, las estancias ganaderas y los yerbales con su esclavitud por deudas, condiciones de vida infrahumanas y tormentos físicos, propios más bien de un régimen semifeudal que de una “república burguesa moderna”. Veamos.

3 El término “obrero” se usa entre comillas para llamar la atención a la especificidad de las clases trabajadoras paraguayas, difícilmente comparables con la clase obrera de los países del capitalismo industrial. De ahí, lo usaremos más bien como sinónimo general del trabajador, cuyos rasgos serán precisados a lo largo del texto.

4 Véase Rivarola, 2010 b, donde la autora describe la transición de la economía colonial a la semi-capitalista durante los gobiernos del Dr. Gaspar Rodríguez de Francia, Carlos Antonio López Solano López hijo, donde se conservaron varias formas serviles y no asalariadas del trabajo por la coacción estatal.

5 La Guerra de la Triple Alianza, llamada también la Guerra Grande (Guerra *Guasu*), fue un conflicto bélico entre el Paraguay y la coalición formada por Brasil, Uruguay y Argentina en los años 1864-1870, durante los gobiernos del mariscal Francisco Solano López. La guerra terminó con la derrota del Paraguay, con pérdidas territoriales, desastre económico y genocidio de dos terceras partes de sus habitantes.

Las últimas décadas del siglo XIX, marcadas por las consecuencias de la Guerra Grande, se caracterizan, por una parte, por un marcado despoblamiento, lo que justifica las políticas de fomento de la inmigración, sobre todo rioplatense y europea (por Argentina), en su mayoría artesanos que se asientan en la capital. Por la otra, la época está marcada por un acelerado desarrollo de las manufacturas y, sobre todo, grandes industrias agroexportadoras debido a las políticas de apertura a las inversiones extranjeras y la privatización de las tierras y propiedades estatales (1882-84). En cuanto al régimen político, con la Constitución liberal de la posguerra (1870) se pretende borrar con el legado de las dictaduras, al establecer una república burguesa, caracterizada, sin embargo, por una constante inestabilidad⁶ resultado de disputas entre el Partido Liberal y la Asociación Nacional Republicana – Partido Colorado⁷, los consecuentes golpes de Estado y dictaduras de paso, que profundizan aún más la trágica situación económica de la población paraguaya.

Precisamente en una de estas “revoluciones”, la misma que fue el motivo de la llegada de Barrett a Paraguay, sube al poder el partido liberal, al iniciar en 1904 la época de su hegemonía que dura hasta después de la Guerra del Chaco con Bolivia (1932-35) y se caracteriza por el recrudescimiento de las privatizaciones, inversiones extranjeras y medidas antipopulares. Otra consecuencia de la victoria liberal fue la exacerbación de la ideología del darwinismo social que, en nombre del progreso, pretendía “civilizar” a los paraguayos a través de una pseudo-modernización. Eso significó las políticas de persecución lingüística hacia el guaraní, la lengua mayoritaria de la población; el cierre de varios espacios populares, como el Mercado Guasu en Asunción; la prohibición del uso del poncho en los hombres y el cigarro *poguasú* (puro) en las mujeres, consideradas costumbres “bárbaras” heredadas de los “indios” y, por consiguiente, inaceptables. Estos esfuerzos de la élite paraguaya llevaban a resultados grotescos, donde

-
- 6 La muerte del mariscal López en Cerro Corá en 1870 significó no sólo el fin de la guerra, sino, sobre todo, el fin irreversible de una época en la historia paraguaya. Los tiempos de la posguerra, marcados por la destrucción, la desarticulación social y una pobreza desgarradora, tanto material como institucional, iniciaban un nuevo capítulo en la vida de los paraguayos escrito por los vencedores. Tras unos años de ocupación militar, los invasores se retiraron, tras haberle dejado al país unas instituciones y un gobierno “democráticos”, y una clase política servil a sus intereses. El 25 de noviembre de 1870 se jura la Nueva Constitución de carácter liberal que garantiza libertades democráticas. En la práctica fue poco respetada, imponiéndose el escenario de guerras entre partidos, golpes de Estado y elecciones manipuladas. Muchos de los políticos de la época se reclutaban entre los antiguos miembros de la Legión Paraguaya, que había acompañado a las tropas argentinas durante la Guerra “en contra del déspota López” (los legionarios).
- 7 En ocasión de las elecciones de 1887 se crea el partido liberal, el Centro Democrático, que en 1890 cambia su nombre por el Partido Liberal, el cual será sustituido en 1967 por el de Partido Liberal Radical, para finalmente convertirse en el actual Partido Liberal Radical Auténtico (1978). Las fuerzas oficialistas, por su parte, fundan el Partido Nacional Republicano que más tarde tomará el nombre actual de Asociación Nacional Republicana-Partido Colorado. La hegemonía política se dividirá entre los dos partidos de manera periódica: los años 1880-1904 primera hegemonía colorada, iniciada con el gobierno del general Bernardino Caballero; el periodo 1904-1936 hegemonía liberal, que empieza con la Revolución Liberal, las décadas entre 1947-2008 la segunda hegemonía colorada, incluyendo la dictadura del general Alfredo Stroessner (1954-1989) y a partir de agosto de 2013 hasta la actualidad de nuevo el regreso del Partido Colorado.

sus sueños de grandeza chocaban con el carácter pueblerino y plebeyo de las ciudades, como lo ilustra la siguiente cita:

La imagen *belle époque* que la capital trataba de ostentar se veía enrarecida por el transporte a caballo de sus pobladores, las tropillas de vacas de los vendedores de leche, el movimiento de las burreras con sus mercancías, los gritos del aguatero, las comparsas carnavalescas, la infinidad de hombres y mujeres descalzos... (RIVAROLA, 2010a: 125-126).

Es justo en aquella época cuando se da en Paraguay el complejo proceso de penetración capitalista y de la modernización relativa de las relaciones sociales, basada, primero, en la desposesión del campesinado de sus tierras, y, segundo, en su disciplinamiento para el trabajo asalariado⁸, en el caso paraguayo marcado por una visión racista y colonial. Así, uno de los principales problemas que tuvo que enfrentar el proyecto “progresista” de la élite era la, ya mencionada, escasez de la mano de obra local causada tanto por los estragos de la guerra, como por la emigración masiva de los paraguayos a los países vecinos, causada por la pérdida de tierras y la inestabilidad política. Hubo voces que consideraron el despoblamiento de Paraguay como un aspecto altamente positivo, según los planteamientos eugenistas, los mismos que en su tiempo habían justificado la guerra contra Paraguay. Como podemos ver en el siguiente comentario de un observador inglés, Theodore Child, compartido por una gran parte de la clase política de la época, impregnada de un racismo anti-guaraní:

Si se admite que hace falta desarrollar el progreso, si se admite, además que los hombres deben ganarse el pan con el sudor de su frente; y si, por otra parte se dejan de lado las consideraciones sugeridas por sentimientos de humanidades y simpatía, se reconocerá que la guerra de exterminio emprendida hace algunos años por los argentinos y brasileños contra Parguay, ha sido una bendición para el país y para la comunidad humana, en el sentido que ella ha destruido millares de criaturas inútiles y dejando el campo a una energía nueva. No hubiera podido contarse con la población indígena para llevar a cabo mejoramiento del Paraguay (CHILD, 1891: 420, citado en RIVAROLA, 2010 a: 45-46).

8 Estos dos fenómenos, los analiza magistralmente Silvia Federici (2018) en referencia a la “temprana modernidad europea” (siglos XVI-XVII) y la acumulación originaria planteada por Marx.

Sin embargo, la creciente industria agroexportadora, sobre todo yerbera y maderera⁹, necesitaba desesperadamente miles de peones, cuestión que no pudo ser resuelta por la inmigración rioplatense ni europea, primero, por relativamente escasa y, segundo, por su perfil de obreros y artesanos calificados que prefirieron quedarse en las zonas urbanas.

Al problema de la falta de mano de obra, hay que añadir la otra gran cuestión destacada en los debates y testimonios de la época, la resistencia del trabajador paraguayo, tanto pasiva (ineficiencia), como activa (huida), ante las modalidades de trabajo “asalariado”. De ahí, la cultura del trabajo del campesinado paraguayo, marcada fuertemente por la idiosincrasia guaraní, pero también por la experiencia colonial y republicana de trabajo forzado, se caracterizaba por lo que los observadores criollos y extranjeros llamaron “holgazanería y malevaje”, “no apego” y “dejadez”. Estos “vicios” del pueblo paraguayo en realidad reflejaban un *ethos* que nos permitiremos llamar “anárquico”, descrito por Clastres (2013) en su análisis de las economías selváticas, de trabajar sólo lo necesario para la satisfacción de sus necesidades vitales y de huir del trabajo enajenado, desarrollando formas de autonomía económica basada en la tierra y sus productos. Varios comentaristas de la época hablan de la “parquedad de necesidades” del paraguayo, como muestra el siguiente testimonio del ex *communard* Truquin: “sus habitantes – de origen indígena en su casi totalidad – tienen pocas necesidades, y al proporcionarles tierra, sin demasiado trabajo, todo aquello que necesitan; no comprenden que exista la necesidad de trabajar. Es lo que explica la mínima importancia que tiene aquí el comercio y la industria.” (TRUQUIN, 1977: 228 citado en RIVAROLA, 2010 a: 47-48). De ahí, el pueblo paraguayo prefería trabajos temporales que sólo complementaban su economía de subsistencia basada en la tierra, y se caracterizaba por una alta movilidad, donde la huida del trabajo forzado o el abandono del patrón constituían la principal forma de resistencia.¹⁰ De ahí, si se nos permite una breve reflexión, podríamos decir que el “obrero” nativo presentaba rasgos mucho más anárquicos en el sentido antisistémico, que un obrero anarquista inmigrante portador del

9 El inicio del siglo XX en Paraguay tiene como característica el boom de las inversiones argentinas y angloargentinas y el crecimiento de las grandes empresas yerbateras (Sociedad Industrial Paraguaya), de tanino (Carlos Casado) y obrajes, como también ferrocarriles, navieras y saladeras de carne. Al mismo tiempo en Asunción se desarrollan pequeñas y medianas empresas manufactureras fundadas por inmigrantes. Mientras estas últimas reúnen un número inferior de trabajadores (los establecimientos más grandes no pasaban de 100 obreros), la gran industria extractiva y agroexportadora ocupa el volumen importante de mano de obra (peones, mensúes (yerbateros), hacheros, etc.) en cantidades de miles y se convierte en dueña de enormes extensiones de tierras (La empresa de Carlos Casado, por ejemplo, le compra al Estado paraguayo todo el territorio del Chaco con los pueblos indígenas incluidos).

10 El “mecanismo de fuga” como la principal forma de resistencia se practicaba en Paraguay tanto en los yerbales, como en las casas de la élite asuncena por parte de las trabajadoras domésticas. Sus deserciones sin aviso previo eran tan frecuentes que los políticos locales se vieron en necesidad de introducir su registro obligatorio, establecer leyes “inmovilizadoras” y emprender campañas de moralización contra las que “se entregaban a la vida escandalosa de la corrupción” (Véase Rivarola 2010 a: 64).

ethos de trabajo moderno y de la productividad que se ajustaban a las necesidades del capitalismo, aunque, por supuesto, tuviera mayor potencial de protesta e interpelación directa del capital derivado de su “conciencia de clase”.

Ahora bien, tomando en cuenta estas dos características del trabajador paraguayo: su escasez y la indisciplina; la creación del “trabajador libre”, al despojar al campesinado de sus tierras, no era suficiente para asegurar la mano de obra requerida. Por la cual las élites políticas y económicas, secundadas por la iglesia católica, apostaron por diversas formas de disciplinamiento. Junto con las leyes contra la vagancia y decretos presidenciales que restringían el libre movimiento de peones, permitiendo la persecución, captura y castigo de los mismos por sus patrones (no olvidemos que los sueldos de los jueces y policías locales eran pagados por las empresas); se extendió la práctica del enganche por deudas insoldables, todo esto reforzado por las incansables campañas moralizantes de la iglesia contra el vagabundeo y “corrupción de costumbres” que santificaban el trabajo enajenado como el deber cristiano. Así, el “progreso” en Paraguay significó una apuesta por métodos coactivos que pretendían captar y retener al trabajador, frecuentemente contra su voluntad, y extraerle el trabajo pagado engañosamente con anticipos, en condiciones infrahumanas que provocaban su rápido y masivo exterminio físico. Cuestión que veremos con más detalle, al presentar la obra de Barrett.

Hasta ahora hemos visto la división del mundo de trabajo paraguayo en dos realidades diferenciadas: por una parte, tenemos las ciudades, sobre todo la capital Asunción, donde se desarrolla la industria manufacturera de pequeñas dimensiones junto con la presencia de artesanos y otras profesiones libres, con un porcentaje considerable de los inmigrantes rioplatenses y de origen europeo (sobre todo italianos y españoles); por la otra, el peso de la economía del país reside en la gran industria extractiva agroexportadora (yerbatera, de tanino, ganadera, maderera) que emplea miles de peones paraguayos en condiciones semiesclavas, por ejemplo, los famosos *mensú* de los yerbales. Es entre el proletariado urbano (carpinteros, albañiles, gráficos, ferroviarios, cocheros, navieros, panaderos, etc.) donde se desarrolla el anarquismo, primero como una tendencia claramente importada, para rápidamente paraguayizarse iniciando el siglo XX, al desprenderse de sus trajinantes iniciales y adquiriendo rasgos propios.

El inicio simbólico del anarcosindicalismo en Paraguay data 1892 con la publicación del “Manifiesto de los Hijos del Chaco”. Sin embargo, ya desde los años 70 del siglo XIX surgen las primeras organizaciones gremiales (Sociedades de Socorro Mutuo), destacando los tipógrafos (no olvidemos que el “padre” del anarquismo, Proudhon, fue tipógrafo). Inician también las primeras huelgas debidas al retraso en el pago de salarios y por la mejora de condiciones laborales, como la huelga de los ferrocarrileros en 1971. De modo que el anarquismo llega para implantarse en un campo fértil de organizaciones y luchas obreras pre-existentes, aunque las robustece y cambia su carácter. Volvamos, sin embargo, al Manifiesto. Escrito en enero de 1892 con el objetivo de convocar

a los trabajadores paraguayos a manifestarse el 1 de mayo¹¹, no se publicó hasta 22 de mayo del mismo año, después de su difusión clandestina entre los trabajadores asuncenos y la represión policiaca contra sus propagadores. Su primera lectura en una reunión del gremio de panaderos fue interrumpida por los policías infiltrados, lo que produjo, sin embargo, una decidida resistencia de los trabajadores que terminó en enfrentamiento y arrestos. Los reportes policiales dan cuenta del intercambio epistolar que existía entre los panaderos y sus colegas rioplatenses, igual al que ya tenían los tipógrafos de ambos países, lo que demuestra la internacionalización de la movilización obrera paraguaya, conforme los mismos postulados del anarquismo mundial. De hecho, existen dudas en cuanto a quienes fueran sus firmantes y mucho indica que fueron los circuitos anarquistas porteños que inspiraron sus contenidos, al ser el panadero de origen argentino, Santiago Banquerí, quien lo difundió entre su gremio en Paraguay. Sea como fuese, el Manifiesto fue el primer documento explícitamente anarquista presentado al público asunceno. Sus firmantes se definían como comunistas anárquicos y convocaban a los trabajadores paraguayos a “prepararse y armarse” para una cercana huelga general mundial con el objetivo de construir una sociedad anárquica donde serían abolidos la propiedad privada, los códigos y las leyes, igual que toda autoridad. El documento llamaba a la formación de grupos de afinidad libres y al uso de dinamita, veneno y fuego contra los símbolos de la opresión institucional: bancos, cárceles, templos y registros de propiedad. Su contenido, típico para el anarquismo internacional de la época, no hacía referencias al contexto específico del país ni a las particularidades de su mundo de trabajo.

Un verdadero florecimiento de las organizaciones gremiales de carácter radical se da en la primera década del siglo XX, sobre todo después de la revolución liberal de 1904, periodo que coincide con la intensa actividad intelectual y militante de Barrett. Bajo la influencia del anarquismo una parte de las antiguas Sociedades de Socorros Mutuos se convierten en Sociedades de Resistencia de carácter combatiente, la mayoría ubicadas en Asunción con tendencia de extenderse con el tiempo hacia el interior del país para abarcar a los trabajadores rurales y los mensúes. En este empuje organizacional del anarquismo ayudará, entre otros, la visita en 1901 de Pietro Gori, anarquista italiano residente en Argentina que, además de impartir un par de conferencias y publicar en la prensa local, entra en contacto con los sindicatos gráficos, panaderos, carpinteros y albañiles, los más radicalizados de la época, que prontamente se convertirán en los pilares de una primera federación obrera anarquista. Es también en 1901 que aparece la primera revista anarquista, *La Linterna*, dirigida por el español Herib Campos Cervera y destinada más bien a las clases ilustradas, que difundía mensajes anticlericales, humanistas e “ilustrados”, asumidos también por una gran parte de los intelectuales liberales. En 1902, diez años después del

11 En realidad, no es hasta diez años después, en 1902, cuando se logra la primera movilización obrera por el día 1 de mayo.

Manifiesto de los Hijos del Chaco, se lleva a cabo la primera movilización obrera por el día 1 de mayo, que refleja el creciente ímpetu del movimiento obrero asunceno. En 1904 se funda el Centro General de Obreros, de ideología variada, que funcionará varios años y será una experiencia de alianza entre artesanos y jóvenes estudiantes, de donde saldrá una generación de militantes de izquierda, políticos liberales y dirigentes sindicales.

Es, sin embargo, la formación del primer sindicato inter-gremial de carácter anarquista, la Federación Obrera Regional Paraguaya (FORP) en abril de 1906, inspirado por y aliado de la famosa Federación Obrera Regional Argentina (FORA), la que marcará el inicio de una nueva época de luchas y el crecimiento exponencial de la importancia del ideal y la praxis anarquista en el movimiento obrero paraguayo hasta su declive en los años 30 del siglo XX. La FORP nace de los esfuerzos organizativos de tres sindicatos: la Sociedad de Resistencia de Obreros Carpinteros y Anexos (SROCyA)¹², la Federación de Artes Gráficas (tipógrafos) y la Sociedad de Resistencia de Obreros Cocheros, para pronto convertirse en la plataforma organizativa de muchos otros sindicatos (albañiles, ferroviarios, plateros, mecánicos, etc.), manteniéndose hasta su disolución en 1915 ideológicamente plural, aunque fuertemente influenciada por el anarcosindicalismo.

Así, en su acta de fundación firmado por Modesto Amarilla y Francisco José Serrano (carpinteros), Luis Castellani y Janoario Gómez (cocheros), y José Cazzulo (tipógrafos), además de los postulados clásicos de derechos laborales, se plantea la construcción de un país de productores libres, sin amos ni esclavos, en solidaridad con todos los trabajadores del mundo por la emancipación social. Destaca igualmente el modelo de organización interna de la Federación con la autonomía de cada una de las entidades que la forman, la democracia radical en la toma de decisiones en contra de las jerarquías y castas dirigentes, la autonomía de los partidos políticos tanto burgueses como obreros y el rechazo explícito a la conquista del poder político (Véase RIVAROLA, 2010 a: 147-148). La FORP funda su propia revista de difusión de ideas anarquistas *El Despertar* (1 de mayo de 1906 - marzo de 1907) que, junto con *El Germinal* de Barrett, ambos de corta vida, se convertirán en referencias emblemáticas del periodismo anarquista en Paraguay. Los primeros números de *El Despertar* se limitan a reimprimir textos clásicos del anarquismo internacional y repetir sus principales tesis. Con el tiempo, el periódico se tiñe de tonos y preocupaciones propias del trabajador paraguayo, mostrando una visión crítica de las formas locales de explotación y dominación patronal.

Pese a su importante convocatoria, el anarquismo encontró varios obstáculos para penetrar en toda su integridad a las masas trabajadoras, debido a varios

12 El sindicato de carpinteros SROCyA, que se forma el 10 de octubre de 1905, en los años posteriores tendrá un papel protagónico en varias huelgas y conflictos con la patronal y sobre todo en la difusión del pensamiento y la praxis anarquista entre los artesanos asuncenos, al mantener un vivo intercambio con la organización de tipógrafos argentinos y con la FORA.

factores, entre ellos, el peso de la religión católica¹³, las formas semif feudales de relacionamiento patrón-peón y tradiciones políticas autoritarias legitimadas por un discurso nacionalista exacerbado, además de tener que superar la barrera lingüística de un pueblo mayoritariamente guaraní-hablante. A la batalla libertaria contra estas y otras formas de dominación material y simbólica del pueblo paraguayo, se sumará la obra de Rafael Barrett, personaje icónico del anarquismo paraguayo y regional.

3. RAFAEL BARRETT Y SU ANARQUISMO

Rafael Barrett (1876-1910), nacido en España en una familia acomodada¹⁴ y emigrado a Buenos Aires donde inició en 1903 su labor de periodista en el diario *El Tiempo*, llegó al Paraguay un año después como corresponsal porteño enviado para dar cuenta de la “revolución liberal” que estaba por tomar el poder, y “sintió que había llegado a un lugar que le estaba esperando, porque este desdichado lugar era su lugar en el mundo” (GALEANO, 1986 citado en BARRETT, 2008: 9) El joven corresponsal se dedicó a descubrir el “dolor paraguayo”, esta realidad sangrante de un país y su gente a escasos 34 años del final de la Guerra, donde las heridas abiertas por aquel genocidio se negaban todavía a sanar. Donde la tierra fue subastada a los grandes capitales extranjeros, el pueblo condenado al hambre o esclavitud en los yerbales, y la política, subordinada al interés de las élites económicas, se convirtió un escenario inestable de recurrentes golpes de Estado. Y al mismo tiempo, un Paraguay donde la resistencia proletaria tomó para sí el anarcosindicalismo con el surgimiento, como hemos visto, de numerosas organizaciones gremiales y la difusión cada vez más amplia del ideal anarquista.

En este país, “el único país mío que amo entrañablemente, donde me volví bueno” (BARRETT, 2008: 9), Barrett dejó su pasado del señorito español dandi y descubrió su compromiso social con los sectores oprimidos. Su indignación por las condiciones socioeconómicas y políticas de aquel Paraguay novecentista lo llevó a producir una prosa vibrante, cruda, de incesante denuncia y confrontación con las élites, tanto liberales como conservadores. En seis años que le quedaban de vida¹⁵, produjo la mayor parte de su obra conformada por artículos, reportajes, cuentos y boletines publicados en la prensa diaria, que posteriormente fueron

13 Como contrapeso de los esfuerzos organizativos anarquistas, la Jerarquía católica opta por crear el 1908 el Círculo Católico de Obreros, al lado de otras organizaciones sindicales de inspiración patronal.

14 Su nombre completo fue Rafael Ángel Jorge Julián Barrett y Álvarez de Toledo. Su padre, George Barrett, era ciudadano británico de origen escocés, que vigilaba los intereses del Reino Unido en España. Su madre, María del Carmen Álvarez de Toledo y Toraño, provenía de alta aristocracia española emparentada con los duques de Alba.

15 Barrett murió el 17 de diciembre de 1910 en Arcachón, Francia, donde intentó curarse, sin efecto, de tuberculosis. Dejó en Paraguay una joven viuda, Francisca López Maíz (La Panchita) con la que había contraído el matrimonio en 1906 y un hijo de tres años, Alejandro Rafael.

reunidos en diferentes compilaciones, de las que destacamos el tomo *El dolor paraguayo* editado por primera vez en Montevideo en 1911.

Su prosa, al mismo tiempo que destaca por su alto valor literario, siempre ha tenido una utilidad política y social inmediata, dictada tanto por su papel de periodista, como, sobre todo, del agitador político anarquista. La sensibilidad libertaria de Barrett y su compromiso con el joven movimiento obrero, como también con la población campesina y los trabajadores semiesclavos de los yerbales, además de dejar una huella profunda en sus escritos, le trajeron una inmediata antipatía de la élite y de la intelectualidad asuncena, junto con la persecución política que lo costó exilio en Brasil y, posteriormente en Uruguay¹⁶, donde dejó huella, publicando en los periódicos locales y vinculándose con el mundo intelectual y artístico de izquierda.

Barret aprovechaba la prensa, tanto la oficial, como la autogestionada (*El Germinal*), para llevar su voz más allá de los círculos cerrados de la élite burguesa a la que dirigía sus críticas más ásperas, y llegar a los sectores populares: “aquellos de mis dolientes hermanos paraguayos que han aprendido a leer” (BARRETT, 1978: 177). De ahí su acercamiento a los tipógrafos, obreros de la palabra impresa, como también a otros gremios a través de las conferencias impartidas por la invitación de la FORP en 1908: “Tres conferencias a los obreros paraguayos”: “La tierra”, “La huelga” y “El problema sexual”. Fue, sin embargo, su ciclo de reportajes *Lo que son los yerbales* (1908) compuesto por las siguientes partes: “La esclavitud y el Estado”, “El arreo”, “El yugo en la selva”, “Degeneración”, “Tormento y asesinato” y “El botín”; que atrajo una especial atención de sus contemporáneos y lo convirtió en la principal voz de denuncia frente al régimen de explotación agroexportadora en la región. En los siguientes párrafos, analizaremos los aportes barrettianos a una teoría anarquista latinoamericana, además de descubrir la vigencia de su crítica frente a los problemas sociales que hoy en día nos atañen.

3.1. POLÍTICA Y PATRIOTISMO

El rechazo de la política es, sin duda, uno de los grandes temas que atraviesan a la mayoría de los escritos anarquistas de Barrett. Su desprecio hacia los funcionarios estatales y los políticos, hijos de la élite paraguaya, por una parte, se deriva de la crítica anarquista del Estado y de la política burguesa en todas sus facetas, y por la otra, se basa en las circunstancias propias del Paraguay noventaenista y la corrupción multidimensional de su sistema político.

16 Por su actividad política de apoyo al movimiento obrero, su agitación militante a través del periódico autogestionado *El Germinal* contra la dictadura del coronel Albino Jara en la sombra del presidente Emiliano González Navero (“Bajo el Terror”), y, sobre todo, su auxilio de los heridos en la rebelión contra el golpe de estado del 4 de julio de 1908 que llevó al poder a Jara, lo costaron arresto y destierro a Corumbá, Brasil, de donde viajó a Montevideo, Uruguay. Regresó clandestinamente a Paraguay en marzo de 1909 para refugiarse con su esposa e hijo en Yabebyry (Misiones) donde vivió un año, antes de irse a Francia, lugar de su muerte.

De ahí, Barret suele contrastar la miseria y la explotación que sufre el pueblo paraguayo con la impostura de la representación parlamentaria, la politiquería y la hipocresía de la clase propietaria, donde la ciudadanía no es más que una palabra hueca y el Estado se constituye en contra de las clases populares. En su cuento “En la estancia” (1907), Barret condena la política y el principio burgués de la representación con un tono burlesco:

Había olvidado la política. Había olvidado el recurso feliz, el emplasto de Diarios oficiales, la cataplasma oratoria. Había olvidado la farmacopea parlamentaria. Hemos progresado en religión: de muchos dioses hemos pasado a uno y estamos en vías de pasar de uno a cero. Nuestro poder terrestre ha progresado a la inversa: del tirano hemos pasado a la cuadrilla. El tirano, malo o bueno, representaba a Dios; no se suponga que a cuadrilla representa algún travieso y despreocupado Olimpo. Representa a pueblo; sí, pastores taciturnos, hay unos cuantos alegres señores que os representan. Tal vez no lo creáis; tal vez Dios no se haya creído representado nunca por Juana la Loca o por Carlos el Gordo.” (BARRETT, 1978: 10, *énfasis nuestro*).

Muestra, de esta manera, la absurda distancia entre las premisas ilustradas de la política moderna (el pueblo soberano representado por el gobierno) y su real aplicación en el marco de regímenes oligárquicos latinoamericanos. Sin embargo, la crítica barrettiana no se limita tan sólo a desnudar la miseria de la clase política paraguaya, sino que se dirige, fiel a su mirada libertaria, contra todo tipo de “democracias” liberales, incluidas las europeas, por muchos, tomadas como modelo. En el texto “De Política” (1907), Barret critica “la ilusión común de las formas del gobierno”, según la cual un gobierno “democrático” garantizaría la libertad ciudadana ultrajada por las formas dictatoriales:

Se cree disminuir la tiranía suprimiendo al tirano. Y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo. Se asombra la gente de que sea exactamente tan imposible ejercer los derechos cívicos ahora que se reconocen y recomiendan por la ley, como en la época de un despotismo concentrado en un hombre y consagrado por el pueblo (BARRET, 1978: 93).

En este sentido, el autor considera inútiles los cambios en el gobierno, incluso promovidos por revueltas o “revoluciones” populares, puesto que sólo se trataría de un cambio del amo y que de ninguna manera altera el régimen de dominación

política y explotación económica establecido: “Fácil es volcar un gobierno; difícil cambiar las costumbres gubernativas. Fácil es cortar las cabezas, difícil impedir que retoñen” (“Las Autoridades”, BARRETT, 1978: 97) – nos dice en su esfuerzo por advertir a sus contemporáneos de la trampa del poder estatal. Su denuncia “del virus de la política” estatal y su inutilidad, se une a su fervoroso postulado del desprecio del poder y de una apuesta por el trabajo útil con las masas obreras y campesinas, donde los jóvenes profesionales (médicos, maestros, ingenieros) deberían dedicarse a la labor concreta con y para el pueblo, en vez de engrosar las filas de la burocracia estatal, logias parlamentarias o élites académicas.

Barret considera que la fe en la política hunde a los desheredados en una pasividad suicida y que la ciudadanía no es más que una ilusión y una manera de disciplinamiento que los convierte en: “masas ociosas y resignadas, incapacitadas para trabajar por el látigo que les recuerda a cada instante sus funciones cívicas” (IBÍD.: 96). Como alternativa propone aislar la política como un tumor maligno y multiplicar las células sanas capaces de hacerle frente, “volverle la espalda” y actuar desde sus opuestos:

Existe una política fecunda: no hacer política; una manera eficaz de conseguir el poder: huir del poder... (...) Gobernar es distribuir y redistribuir lo viejo por los viejos canales. Única labor útil: componerlos, construir otros, enriquecer y purificar el líquido circulante. ¿Es posible esto desde arriba? Nunca... la savia viene de abajo, de las raíces (“Los Sucesos”, 1907 en BARRETT, 1978: 94).

Este rechazo a la política forma parte de una crítica mucho más amplia que emprende Barrett contra la élite paraguaya en particular y latinoamericana en general, al atacar los principales pilares de su ideología burguesa/oligárquica, entre ellos el patriotismo. Fiel al ideario internacionalista del anarquismo, guiado por su propia experiencia de vida, Barrett promueve la solidaridad proletaria por encima de las fronteras estatales y culturales, al denunciar el nacionalismo como un invento burgués diseñado en contra de las clases subalternas:

Estos explotados forman por toda la superficie del planeta una inmensa patria dolorosa. Lo que urge es la prosperidad de esta gran patria, y no la de las patrias chicas. Vuestros verdaderos compatriotas y hermanos no son vuestros patrones ni vuestros jefes, sino los obreros de Londres, San Petersburgo y Nueva York.” (“La huelga”, BARRETT, 2011: 145).

En su artículo “Patriotismo” de 1908, el escritor se muestra radical contra las tendencias nacionalistas de su época¹⁷, al exaltar el valor de la solidaridad entre los pueblos: “Amad vuestra tierra, y también la ajena. Amad vuestros hijos y también los ajenos. Admirad los héroes de aquí y de allá. Y no admiréis los héroes asesinos, aunque sean de aquí. Pero si no amáis sino lo vuestro, no amáis, odiáis” (BARRETT, 1978: 169). Barrett profundiza su crítica en el artículo “Más allá del patriotismo” (1908), donde postula la superioridad del amor hacia la humanidad frente al amor egoísta hacia la patria, sobre todo si éste conduce al odio. En este sentido, en “La patria y la escuela” (1910) arremete contra la educación patriótica que, según él, sólo enseña la “hostilidad estúpida” hacia el otro, la “ferocidad militar” y la cultura de guerra, en vez de formar a los seres humanos no fanatizados que sepan ver más allá del “interés nacional”, que, como denuncia, no sería otra cosa que el interés de la clase explotadora: “Que sepa que no es el fanatismo quien engrandece las patrias modernas, sino el trabajo, y que no hablan a cada momento de la patria los que la engendran, sino los que la explotan” (“La patria y la escuela”, BARRET, 1978: 173).

Del anarquismo de Barret se deriva su condena a la guerra como disputa entre los poderosos ajena a los intereses de las clases populares. En vez de glorificar las hazañas bélicas de los caudillos, exaltar a los héroes y excitarse con el *ethos* del uniforme y del cañonazo, Barret desnuda la barbarie que reina detrás de cada guerra. Lo que le interesa a él, es el destino de las personas reales de carne y hueso, del pueblo vivo y no heroico que sufre y muere por el interés del estado y el capital. Frente al brillo de las botas, el sonido de los tambores y el flamear de la bandera propios del discurso nacionalista, Barret opone cuerpos destripados, niños agarrados de los pechos de sus madres muertas pudriéndose bajo el sol, el hambre y la mugre del campo de batalla, donde el miedo y la desesperación se apoderan del soldado, un esclavo más bajo el látigo de sus generales. Lo heroico, sugiere el autor, está en proteger la vida, más que dar la muerte, está en la batalla por preservar su gente, tierras y hogares, una lucha, además, de todos los días (“Los trofeos”, BARRETT, 1978: 105). Para nuestro libertario la hermandad entre los pueblos es preferible ante la guerra entre los estados. Sin embargo, según Barret, esperar de los gobiernos que posibiliten esta fraternidad humana es pueril, al contrario, son los desposeídos los únicos que pueden construirla conforme el espíritu del internacionalismo proletario: “La fusión de los pueblos no se hará nunca por arriba. No son los funcionarios, los políticos, los que borrarán las fronteras. No los que se pavonean y gozan, sino los de abajo, los que trabajan, sueñan y sufren, son los que realizarán la fraternidad humana” (IBÍD.: 106).

La crítica barrettiana de la clase dirigente paraguaya, como hemos mostrado hasta ahora, destrona sus principales mitos articuladores, como la política, la democracia representativa, el patriotismo y la guerra. Es, sin embargo, la cuestión socioeconómica, la que ocupa el núcleo de su denuncia

17 Para profundizar el tema del nacionalismo paraguayo de la época y la crítica de Barrett al mismo véanse respectivamente Makaran, 2012 y Makaran, 2020

y que complementa su radiografía de la dominación y explotación en la región. Mostrar la alianza indisoluble entre las élites políticas y económicas, donde son el Estado y sus oligarcas los que oprimen y explotan a los pueblos por encima de las fronteras nacionales en una especie de “internacional capitalista”, evidencia, según Barrett, el carácter sistémico y multidimensional de las opresiones sufridas por los paraguayos. A continuación, nos concentraremos en los puntos más destacados de esta crítica y su aporte al pensamiento anarquista desde la realidad latinoamericana.

3.2. LA CUESTIÓN SOCIAL: LOS YERBALES Y LA TIERRA COMO MADRE

En varios de sus artículos, derivados de numerosos viajes al interior del país, Barret se dedica a retratar a los sectores populares paraguayos, campesinos, mujeres y niños en su quehacer diario, en su geografía cotidiana, su colorido y bullicio, sus costumbres, festividades, creencias y conocimientos. Sin embargo, no cae en una idealización costumbrista ni pretende romantizar la miseria del campo, sino que la denuncia con toda su crudeza. Su denuncia de la realidad social paraguaya se agudiza con el tiempo y se nutre de su estancia como reportero en los yerbales, como también de la experiencia de vida en Yabebyry, un pueblito en el departamento de Misiones, donde se refugió de la persecución política con su esposa e hijo durante un año y que abandona pocos meses antes de su muerte (1909-1910). A la primera de las experiencias responde un ciclo de reportajes “Lo que son los yerbales” (1908) y posteriormente el texto “La esclavitud” (1910), donde denuncia el contubernio entre el Estado paraguayo, las autoridades locales, los juzgados y las empresas yerberas. Son sus escritos sobre los yerbales que le traen tanto el rechazo de las élites asuncenas, como el aprecio de organizaciones anarcosindicalistas que, bajo este impulso, iniciarán una campaña política entre los peones de la Industrial Paraguaya.

Barret describe con precisión la naturaleza de la industria de yerba mate del inicio del siglo XX, dominada por el capital extranjero. Los yerbales reflejan, para Barret, la verdadera cara del capitalismo latinoamericano, de signo colonial, esclavista, brutal y asesino, cuyo análisis necesita un enfoque propio, no siempre compatible con las teorías enraizadas en las realidades del obrero febril. De esta manera, el autor, en vez de copiar mecánicamente teorías europeas, muestra una sensibilidad derivada del contexto de su propia vivencia y enmarca la explotación del obrero paraguayo en el proceso de acumulación capitalista más amplio y común para todo el continente americano. En su análisis destaca el mecanismo de arreo por anticipo (enganche por deudas), generalizado en las economías latinoamericanas, que condena al trabajador a la esclavitud perpetua: “Así se arrean los mártires de los gomales bolivianos y brasileños, de los ingenios del

Perú. Así se arrean las muchachas del centro de Europa prostitutas en Buenos Aires” (“El arreo”, BARRETT, 1978: 125).

Barret brinda al lector una descripción detallada de las condiciones de vida y del trabajo en el yerbal, nos hace sentir el calor de la selva, el esfuerzo sobrehumano del peón y su familia y la bestialidad del capataz:

El monte: la tropa, el rebaño de peones, con sus mujeres y sus pequeños, si se permite familia. A pie, y el yerbal está a cincuenta, a cien leguas. Los capataces van a caballo, revólver al cinto. Se les llama troperos, o repuntadores. Los habilitados que se traspasan el negocio escriben: “con tantas cabezas”. Es el ganado de la Industrial (Loc. Cit.).

Los trabajadores, reducidos a bestias de carga, a pedazos de carne, negados en su humanidad, esclavos del capital, aguantan jornadas infernales, la violencia de los capataces, y cuando deciden liberarse son cazados, torturados y, no pocas veces, asesinados:

¡Camina, trajina, suda y sangra, carne maldita! ¿Qué importa que caigas extenuada y mueras como la vieja res a orillas del pantano? Eres barata y se te encuentra en todas partes. [...] Entonces, al hambre, a la fatiga, a la fiebre, al mortal desaliento se añadiría el azote, la tortura con su complicado y siniestro material. Conocíais la inquisición política y la inquisición religiosa. Conoced ahora la más infame, la inquisición de oro. ¿A qué mencionar los grillos y el cepo? Son clásicos en el Paraguay, y no sé por qué no constituyen el emblema de justicia, en vez de la inepta matrona de la espada y cartón y de la balanza falsa (“Tormento y asesinato”, BARRETT, 1978:133).

La denuncia de Barret está dirigida no sólo contra las empresas, sino también contra los políticos, cómplices del capital, que no sólo toleran la esclavitud, la tortura, el asesinato y la muerte por extenuación de “sus ciudadanos”, sino que la promueven guiados por un interés común con la élite empresarial: “Las autoridades nacionales ofician de verdugos, puestas como están al servicio de la codicia más vil y más desenfrenada” (Loc. Cit.). De esta manera, acusa a la Industrial Paraguaya, la principal empresa yerbera de su tiempo, de ser “negrera”, maldiciendo su “dinero manchado en sangre” (“El Botín”, BARRETT, 1978: 138), pero sus tiros van sobre todo hacia el mismo Estado paraguayo:

Detrás del capataz está el negrero de levita, el director de empresa, el ‘ilustre hombre de negocios’ que sabe lo baratas que son las conciencias

políticas. La esclavitud está bien instalada. ¡Venid, esclavos del yerbal, venid a festejar con nosotros el centenario de vuestra independencia! (“Esclavitud”, BARRETT, 1978: 175).

¿Qué tipo de ciudadanos son los esclavos del yerbal? - nos pregunta Barrett. ¿Qué tipo de libertades y derechos les ofrece a sus trabajadores la República del Paraguay? Es en las regiones como la latinoamericana, apunta el autor, donde el capitalismo, unido a las formas semiesclavas de dominación heredadas de la Colonia, muestra su cara más despiadadamente antihumana.

Dos años después de la denuncia barrettiana de los yerbales, aparece su segundo artículo más polémico, “Lo que he visto”, publicado el 21 de febrero de 1910 en el diario *El Nacional*, basado en su experiencia en Yabebyry. Aquel Barrett sombrío y desencantado, pero también más seguro que nunca de su postura libertaria, cuyas ideas sociales han madurado forjadas en el fuego de persecución política y su exilio en Uruguay, comparte su mirada desoladora sobre la realidad del campo paraguayo atormentado por los espectros de la guerra, la pobreza extrema y doblegado por la explotación. Es éste el “dolor paraguayo” que tanto siente Barrett, encarnado en sus mujeres e hijos, emanado desde sus hogares desgarrados:

He visto los humildes pies de las madres, pies agrietados y negros y tan heroicos buscar sustento a lo largo de las sendas del cansancio y de la angustia y he visto que esos santos pies eran lo único que en el Paraguay existía realmente. [...] He visto las mujeres, las eternas viudas, las que aún guardan en sus entrañas maternas un resto de energía, caminar con sus hijos a cuestas [...] ¡Y he visto los niños, los niños que mueren por millares bajo el clima más sano del mundo, los niños esqueletos, de vientre monstruoso, los niños arrugados, que no ríen ni lloran, las larvas del silencio!” (“Lo que he visto”, BARRETT, 1978: 55).

Este tono descarnado y pesimista que acompaña sus descripciones del campesinado paraguayo, le costará varias críticas de parte de los intelectuales asuncenos de tendencia nacionalista, promotores de visiones romantizadas y costumbristas del campo que naturalizaban y embellecían su pobreza. Son ellos, según Barrett, los corresponsables de la miseria de su pueblo, son ellos los depredadores de la patria que tanto declaran amar: “Id a vuestra cocina, oh doctores, y allí encontraréis alguna sierva que os lava platos y lame vuestras sobras. Preguntadla cómo se alimenta ‘el pueblo soberano’ y cómo vive” (“No mintáis” 1910 en BARRETT, 1978: 176).

Barrett no se limitó, sin embargo, a la denuncia de sistema económico paraguayo y participó activamente en la agitación política entre los trabajadores asuncenos. En sus “Tres conferencias a los obreros paraguayos”, presenta una

propuesta anarquista de lucha y de vida basada en tres pilares: la tierra como madre, la huelga mundial y el amor hacia las mujeres y los hijos. Su primera conferencia, “La Tierra”, empieza con las palabras: “Yo también soy un obrero, y no quiero ser otra cosa. (...) Obrero no quiere decir esclavo, quiere decir creador” (“La Tierra”, BARRETT, 2011: 137) Como en muchos de sus escritos, también en esta ocasión emprende una crítica de la “civilización” y del “progreso”, considerando el atraso paraguayo en cuanto a la modernización capitalista una ventaja frente a la barbarie de los países industrializados: “Pero dejad que nos civilicemos, dejad que progreseemos; ya vendrán, arriba el lujo feroz, abajo la miseria y crimen” (Ibíd.: 139). Una parte crucial de lo que el autor considera una ventaja del Paraguay frente a los países “avanzados” es la importancia que todavía tiene la tierra para sus habitantes no sólo como medio de subsistencia, sino también en cuanto a su dimensión espiritual y no mercantil.

Para Barrett la tierra lo es todo, garantiza la autonomía al campesino, lo libera del yugo del trabajo enajenado, le permite ser libre y su falta, al revés, lo esclaviza y condena al hambre: “Es que la tierra es lo fundamental; sin la tierra no hay nada. El dueño de la tierra es el que impone la ley; él y sólo él es el déspota invencible” (Ibíd.: 140) De ahí, el autor denuncia la renta de la tierra como el principal enemigo del pueblo trabajador y postula la socialización de la tierra y sus recursos en contra de su concentración en manos privadas:

Indignémonos contra el propietario. Él es el usurpador. Él es el parásito. Él es el intruso. La tierra es para todos los hombres, y cada uno debe ser rico en la medida de su trabajo. Las riquezas naturales, el agua, el sol, la tierra pertenecen a todos. Goce de la tierra el hombre en proporción de su esfuerzo. Recoja la cosecha el que la sembró, y la regó con el sudor de su frente y la veló con sus cuidados (Ibíd.: 141).

La tierra es de quien la trabaja, repite Barrett la consigna de las luchas campesinas que estaban por estremecer el continente. De hecho, el mismo está seguro de que será justo en América Latina donde la tierra será la primera y la más importante conquista social que permitirá la libertad del trabajador y el afianzamiento de una sociedad futura:

Y estoy convencido que esta conquista se hará en América, donde los obreros son y serán más fuertes y más libres. Aquí será devuelta la tierra a la humanidad. Aquí, al entrar en la era de luz y de orientación definitivas, nos reconciliaremos todos con la tierra, la santa tierra, la madre inmortal, doblemente madre, porque después de darnos la vida nos ofrece el reposo (Loc. cit.).

De ahí, la tierra es para Barrett la madre, es la vida que no debe ser privatizada ni destruida: “Emancipemos la tierra, defendamos la tierra (...) Todo surge de la tierra y nosotros somos tierra”. Su visión se aleja de interpretaciones meramente economicistas de la cuestión agraria y alcanza su dimensión vital de interconexión entre las especies, de lo sagrado que no debería ser poseído y mercantilizado, sino compartido y cuidado por todos los “hijos de la tierra”:

Una maravillosa circulación se cumple entre la tierra y nosotros por mediación de las plantas (...) Hijos de la tierra sentimos que poseerla sin trabajarla, es decir, sin acariciarla y servirla; déjala estéril, rodeada de un cerco, para especular con ella y enriquecerse así en la holganza, es un acto sacrilego y salvaje que desmoraliza más a los verdugos que a las víctimas. (Loc. cit.)

Podemos decir que con la importancia que le da a la tierra como fuente de subsistencia y de libertad, pero también como la madre espiritual de la humanidad y como un biosistema integral, Barrett no sólo rompe con el carácter urbano y fabril del anarquismo europeo, sino que antecede varias décadas el surgimiento de la crítica ecologista.

La tercera de sus conferencias dirigidas a los obreros “El problema sexual”, muestra la tendencia feminista del pensamiento barrettiano cuando subraya que el problema de la explotación y el maltrato de la mujer tiene una importancia crucial para la lucha contra la dominación económica y política que sufre la clase trabajadora. Esa mirada, aunque todavía marcada por cierto paternalismo, era poco común para su época, donde la lucha de las mujeres era ninguneada o relegada al segundo orden de prioridades. De esta manera, nuestro libertario, denuncia la discriminación laboral y salarial que sufren las mujeres obreras en todo el mundo que, en el caso paraguayo, se agrava todavía más: “Es que aquí se le reservan a la mujer las angustias más horribles, las labores más rudas, porque no se ha hecho de la mujer la compañera ni la igual al hombre, sino la sirvienta; porque aquí hay madres, pero no hay padres” (“El problema sexual”, BARRETT, 1978: 91). Barrett, conociendo el problema paraguayo de la paternidad irresponsable, llama a los obreros a respetar y amar a las mujeres, a tener en ellas compañeras iguales y a ser hombres plenos, es decir: los que se realizan en el hogar, cumpliendo con su responsabilidad de esposos y padres: “Y estos hombres a medias, mientras no contemplan su virilidad en el hogar, están sentenciados al desastre” (Loc. Cit.). Esta alianza entre hombres y mujeres, basada en el respeto y apoyo mutuo, es condición necesaria, para Barrett, para que la lucha de los trabajadores triunfe y la emancipación social sea plena: “Donde la mujer no es respetada ni querida no hay patria, libertad, vigor ni movimiento” (Loc. Cit.).

El ideal anarquista de Barret permite ver la dimensión económica y política del “problema social” paraguayo contra las interpretaciones racistas de sus

contemporáneos, según las cuales el paraguay sería poco apto para el trabajo y el “progreso” por sus raíces guaraníes. En un país de esclavos, donde el trabajo y sus frutos no le pertenecen al pueblo, donde la tierra, la madre, está vendida para su especulación y la vida humana se sacrifica en pos de la ganancia, el trabajador paraguayo se ha abandonado a la pasividad, el vicio y la desesperación:

No me importa el dinero, porque apenas lo tenga me lo quitarán. No planto un árbol ni siembro el huerto porque apenas mi campo se valorice me despojarán de él. No me preocupa la prosperidad del país porque si el país prospera será a mi costa y los muros de mi cárcel serán más gruesos todavía. No trabajo porque no hay esperanza, Nada me seduce más que escapar de este mundo por una puerta cualquiera; alcohol, juego, lujuria, contemplación, sueño, muerte (“El obrero”, BARRET, 1978: 77).

De esta manera, Barrett vincula la prosperidad del país con la prosperidad de su pueblo en relación directa con la emancipación de la tierra y sus recursos, con trabajadores libres y sin dueños ni patrones.

3.3. SU ANARQUISMO: VIOLENCIAS FECUNDAS Y REBELDÍA ANTE LA LEY

El anarquismo de Barrett, que éste desarrolla en Paraguay y declara públicamente en su artículo *Mi anarquismo* de 1906, hunde sus raíces todavía en su época porteña, cuando experimenta la “cólera sagrada”, al ver las injusticias y la miseria humana pululando por las calles de la cosmopolita Buenos Aires. Se siente arrastrado por el gesto de violencia anarquista (propaganda por el hecho) una de las tendencias en boga en la Argentina de inicios del siglo XX: “Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano” (“Buenos Aires”, BARRETT, 2008: 96) Sus artículos denuncian el terror del Estado argentino contra los anarquistas y las clases trabajadoras, igual que la injusticia de las políticas migratorias dirigidas contra los “individuos indeseables”, como escribe con una amarga ironía: “Se trata de impedir que desembarquen los idiotas, locos, epilépticos, tuberculosos, polígamos, ramerías y anarquistas...” (BARRETT, 2008: 42) Es entonces cuando ubica el anarquismo, todavía sin asumirlo, como un ideal y una praxis de lucha radicalmente antisistémicos y capaces de una crítica contundente de las realidades latinoamericanas.

En sus escritos posteriores, ya como anarquista, Barrett le dedicará varias líneas a la violencia, por una parte, para retomar la dialéctica entre la destrucción y la creación de Bakunin, ubicar los atentados anarquistas como una respuesta entendible frente al terrorismo del Estado y la barbarie capitalista; y por la otra, para introducir su concepto de “violencias fecundas”, donde la violencia colectiva de las masas se une a la justicia y constituye una herramienta necesaria de lucha contra el Estado-capital. De ahí, el anarquismo para Barrett representa el camino más radical hacia la emancipación, destructivo y creativo, violento pero justo, sumamente rebelde contra todas las formas de dominación material y simbólica:

El anarquismo, extrema izquierda del alud emancipador, representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía. No hará a mis lectores la ofensa de suponerlos capaces de confundir, a semejanza de los que fingen muchos burgueses interesados, anarquista y dinamitero. Sería pueril temer que Anatole France, anarquista intelectual, o León Tolstoi, anarquista místico, nos lancen alguna bomba. Hay una cosa quizá más grave que los explosivos; es la crítica anarquista, la lógica implacable de los que han condensado su método en la famosa fórmula de Bakunin: “Destruir es crear”. Se condena la violencia, pero somos hijos de ella, y por ella nos defendemos de los criminales y de los locos, y mediante ella dominaremos los espasmos del mar y del viento. (...) Nuestro ideal no debe ser suprimir la violencia, sino juntarla con la justicia (...) Los trabajadores han experimentado la eficacia decisiva de la violencia. Jamás ha mejorado su situación por el altruismo de los capitalistas, sino por su miedo. (...) Ay de los trabajadores el día en que dejen de inspirar terror y no dispongan de otras armas que el llamamiento a la compasión y a la equidad!” (“La cuestión social”, BARRETT, 2008: 140-141).

En el artículo *Mi anarquismo*, Barrett propone una definición propia de lo que es para él la idea anarquista, y la enfoca en la cuestión de la rebeldía ante la ley: “hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. (...) Hace falta curarnos del respeto a la ley. La Ley no es respetable.” Y no es respetable, dice nuestro libertario, puesto que todas las leyes, constituciones, decretos, sentencias y normas actuales: “son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad” (“Mi anarquismo”, BARRETT, 2008: 114-115) que no gozan de consenso popular y necesitan la fuerza para ser respetadas. Para el autor, las leyes impuestas por el Estado burgués encorsetan y atrofan el espíritu de libre criterio: “Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del borceguí, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios! ¡Y se teme el caos si nos desembarazaremos del borceguí, si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra!” (Ibíd.: 115.). Frente a la

“servidumbre voluntaria” (La Boetie), Barrett propone la rebeldía contra todo tipo de verdades absolutas, el fomento del libre criterio y del pensamiento crítico a través de la educación: “¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!” (Ibíd.: 116). De ahí, la rebeldía ante la ley se convierte en un acto necesario para la existencia humana: “Adaptarse a las leyes físicas, ser un conjunto de leyes físicas equivale a desaparecer. Adaptarse a las leyes tácitas o escritas de la sociedad en que estamos es desaparecer también. Hemos venido a ella para entregar nuestro genio a la obra común, y el genio es rebeldía. Es la rebeldía la que funda el orden superior.” (BARRETT, 2008: 53).

El anarquismo de Barret fue también una opción íntima del sentido existencial, así, agobiado por el sentimiento de fracaso e insuficiencia de sus esfuerzos, frente a la experiencia de persecución, arresto y exilio, encontraba este sentido en la necesidad de la lucha: “Y sin embargo, humillados y a ciegas, nos es preciso seguir luchando, y hacernos la ilusión de que nuestra vida no es completamente inútil”. (*Germinal*, núm. 5, agosto de 1908, en BARRETT, 2008: 163).

4. REFLEXIONES FINALES

Barret fue una de las voces de denuncia más potentes de su época, desde la óptica libertaria fulminó la desigualdad, explotación y autoritarismo que encontró en el Paraguay de inicios del siglo XX, destrozando sin piedad los discursos autocomplacientes de la élite asuncena. Así, como indica Roa Bastos: “Barrett se quemó entero en esa realidad que nada tenía de mítica, ni de mística. Vivió y combatió en ella. La describió. Fustigó sin temor y sin descanso sus terribles estigmas” (BARRETT, 1978: XV). Su mirada fervientemente antinacionalista y antielitista, dirigida no tanto hacia, sino desde los abajos, se esforzó por demostrar que el discurso patriótico sólo encubre el verdadero interés de los poderosos, el del capital, y éste no tiene patria alguna. En este sentido, Barret no tuvo miedo de llegar al fondo de la cuestión social y económica del Paraguay, dinamitando las certezas, comodidades e inercias promovidas por la clase política de todos los colores, tanto liberal, como colorada. Su crítica aguda de la sociedad paraguaya se alejó, sin embargo, de las interpretaciones racistas de la época que responsabilizaban al campesino guaraní del “atraso” del país, y se volvió contra los poderosos: políticos, doctores, empresarios, según él, responsables del “dolor paraguay”.

Su incomodidad con la injusticia social, su “cólera sagrada” despertada por el sistema capitalista de su época, encontró como modo de expresión y el camino de utopía al anarquismo, un ideal y una praxis que Barrett consideró “extrema izquierda del alud emancipador”. Es importante notar, que no fue el anarquismo español, sino el paraguayo, que abrazó nuestro autor, y a la

latinoamericanización del cual aportó durante los pocos años que le quedaban de vida. Barrett fue anarquizado por la realidad paraguaya y al mismo tiempo su anarquismo fue paraguayizado, al teñirse de colores propios, resultantes de su especificidad socioeconómica. El legado barrettiano fue retomado tanto por sus contemporáneos: así, por ejemplo, a escasos dos años después de su muerte por la iniciativa del estudiantado se fundó en Asunción el Centro de Estudios Sociales Rafael Barrett dedicado a la difusión de cultura libertaria y literatura crítica; como por las generaciones posteriores, incluidos los grandes escritores como Augusto Roa Bastos o Jorge Luis Borges. Hoy, sigue sorprendiendo su agudo criterio en cuanto al análisis de la dominación y la explotación regional, donde la política sigue separada del pueblo, la ciudadanía es más que ilusoria y los yerbales cedieron paso a las “repúblicas de soja” aún más destructivas para el campesinado. Rescatar y actualizar su pensamiento y su militancia podría ayudarnos a interpretar y combatir los “dolores” latinoamericanos actuales que, aunque presenten rasgos nuevos, son, sobre todo, herencias estructurales de un sistema de larga data.

REFERENCIAS

BARRETT, Rafael. *El dolor paraguayo*. Prólogo de Roa Bastos. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

_____. *El dolor paraguayo*. Asunción: Servilibros, 2011.

_____. *Obras Completas III*, Asunción, ICI – RP Ediciones. 1989,

_____. *A partir de ahora el combate será libre*. Prólogo de Santiago Alba Rico, Buenos Aires, Madreselva. 2008,

BOCCIA PAZ, Alfredo. *La novela de los Barrett*. Asunción: Servilibro, 2019.

CASTELLS, C. “Política e historia: Rafael Barrett y una tercera mirada en las polémicas sobre el pasado y el presente en el Paraguay del novecientos”. En: *Folia Histórica del Nordeste*, IIGHI-IH-CONICET/UNNE, N° 33, septiembrediciembre, pp. 61-84, 2018.

CHILD, Theodore. *Les Républiques Hispano.Americaines*. Paris: La Librairie Illustrée, 1891.

CLASTRES, Pierre. *La sociedad contra el Estado*. Santiago de Chile: Hueders, 2013.

CORRAL, Francisco. *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett, crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1994.

FEDERICI, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2018.

FERNÁNDEZ, Miguel Ángel. *Rafael Barrett. Escritor y pensador revolucionario*. Colección Protagonistas de la Historia. Asunción: El Lector, s.f.

GALEANO, Eduardo. *Memoria del Fuego. El siglo del viento*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

GARAY, Gerardo. *La vida es un arma. El pensamiento anarquista de Rafael Barret y Luce Fabbri*. Montevideo: Alter Ediciones, 2015.

GONZÁLEZ DELVALLE, Alcibiades. *El dolor de Barrett*. Asunción: Servilibro, 2019.

MAKARAN, Gaya. *Paraguay: nacionalismo y sus mitos*. México: CIALC-UNAM, 2014.

_____. “*El dolor paraguayo, la prosa libertaria de Rafael Barrett frente a los mitos nacionales*”, en CÁCERES, Sergio (coord.). *Literatura paraguaya y sociedad*. Asunción: ICSO-Paraguay, 2020.

RIVAROLA, Milda. *Obreros, utopías y revoluciones. La formación de las clases trabajadoras en el Paraguay liberal 1870-1931*. Asunción: Servilibro, 2010a.

_____. *Vagos, pobres y soldados. La domesticación estatal del trabajo en el Paraguay del siglo XIX*. Asunción: Servilibro, 2010b.

RAMA, Carlos y CAPPELLETTI, Ángel. *El anarquismo en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.

TRUQUIN, Norbert. *Memoires et aventures d'un proletaire a travers la revolution*. París: Maspero, Actes et memoires du peuple, 1977.

PARAGUAYAN ANARCHISM: THE WORK OF RAFAEL BARRETT AND ITS REGIONAL RELEVANCE

ABSTRACT: The present article aims to bring the reader closer to the anarchist Rafael Barrett who emerged in Paraguay between the years 1906-1910. Barrett's work gathered in the volume *El dolor paraguayo* will be reviewed, where most of his writings specifically dedicated to the Paraguayan reality and the political and intellectual environment of the time can be found. Topics related to politics, patriotism, the social issue and anarchism itself will be highlighted above all. Before, we will present the context of the time in which the Barrett's prose develops, by outlining the characteristics of the world of work between the 19th and 20th centuries, together with the emergence of the worker movement and anarcho-syndicalism in Paraguay.

KEYWORDS: Rafael Barrett. Paraguay. Anarchism. Worker movement. Yerba mate industry.

ANARQUISMO PARAGUAIO: A OBRA DE RAFAEL BARRETT Y SUA RELEVÂNCIA REGIONAL

RESUMO: O presente artigo tem como objetivo aproximar o leitor do pensamento do anarquista Rafael Barrett, que atuou como ativista e escritor no Paraguai entre os anos 1906-1910. Será revisada a obra de Barrett reunida no tomo *El dolor paraguayo*, no qual se encontra a maior parte de seus escritos dedicados especificamente à realidade paraguaia e ao ambiente político e intelectual da época. Serão destacados, sobretudo, temas relacionados com a política, o patriotismo, a questão social e o próprio anarquismo. Antes, apresentaremos o contexto da época na qual se desenvolveu a prosa barrettiana, ao esboçar as características do mundo do trabalho entre os séculos XIX e XX, junto com o surgimento do movimento operário e do anarcossindicalismo no Paraguai.

PALAVRAS-CHAVE: Rafael Barrett. Paraguai. Anarquismo. Movimento operário. Indústria da erva mate.